

El viajero se levanta y abandona las cercanías del castillo. Ya está en la plaza del pueblo, en la plaza de España. Se sienta en un banco de piedra.

El sol que ha vencido a las nubes, campa ya por sus respetos y empieza a calentar este día primero del invierno, como es su obligación. La plaza, irregular, destartada, con su pequeño paseo, formado por cuatro árboles solitarios, es una típica plaza de pueblo. Trasciende de ella todo el encanto de una vida campesina, sencilla, apacible. Es bonito el Ayuntamiento, con su gran reloj y su escudo de águila bicéfala en una blanca fachada que descansa en grandes arcadas y soportales. En sus tres balcones de hierro parece asomarse la Administración, esa señora que sabe vivir en los pueblos lo mismo que en Madrid.

Por una calle en pendiente, como todas las del pueblo, formando escaleras, empedrada, de agudos, afilados guijarros, cuya orografía martiriza sus zapatos, sube el viajero hasta el monumento al Corazón de Jesús, que ocupa la colina opuesta al castillo.

Ya está en lo alto. Segura de León, sobre el paisaje, con su caserío a caballo de dos cerros unidos, tiene la forma de un barco. Recuerda en esto a la ciudad de Segovia.

El viajero desciende y regresa a la carretera. El sol ha barrido nubes y nieblas, y juega en las alegres huertas que bordean el pueblo. Un hombre trabaja con su azadón entre las verduras y los árboles que el otoño desnudó. De una fuente cercana llegan, con la canción fresca del agua, frescas y retozonas risas de mujer.

Por la carretera pasa un rebaño de ovejas. Las ovejas llevan sus lanas tan largas que casi las arrastran por el suelo. Las envuelve y las sigue un aire de señoras arrebuadas en abrigo de pieles. A su lado, caminan, trotan unos borreguitos blanquísimos, graciosos, ingenuos.

Y antes de coger el otro coche de línea, que ya llega, una última mirada a este hermoso pueblo de Segura de León. Desde aquí abajo ya no le parece al viajero un barco; le parece, con sus dos cerros cuajados de caserío, un enorme camello arrodillado al pie de la carretera.

FERNANDO VILLALBA DIEGUEZ



PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono
 n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

EL ESCONDITE

Te buscaré afanoso por las avenidas
 de todos los jardines del mundo,
 como si presintiera tu resurrección de nácar
 a la vuelta de cualquier lucero...

Te buscaré gozoso, siguiendo las huellas de luz
 de tu huida,
 como si conociera el secreto
 de tu aposento.

Te buscaré llorando
 por las riberas de todos los ríos,
 como si supiera que tú nunca vas a estar,
 con tus ojos de limo, bajo las aguas...

Te buscaré pensando,
 con mi frente herida de cadenas,
 como si fuera a encontrar en seguida
 mi olvidada liberación
 sobre las dunas de tu recuerdo insomne.

.....
 Y luego cuando te encuentre
 acurrucada bajo los tilos de un bosque melancólico,
 pensaré
 que todo ha sido una broma
 y que solamente has querido jugar conmigo
 al escondite.

JULIO CENDAL